



Walter Bonatti ante su propia foto.



©D. Rodríguez-Desnivel

El alpinista más puro

Pedro Nicolás

pedrom.nicolas@gmail.com

“Nos preguntamos qué sentido pudo tener el alpinismo hoy en día. Todo aquello que expresa valores humanos, y por lo tanto también el alpinismo, debería merecer respeto. Sin embargo, no siempre es así porque, actualmente, en un mundo que parece cada vez más dispuesto a premiar a astutos y tramposos, a rendirse ante ladrones y corruptos, es difícil auspiciar virtudes como la honestidad, la coherencia, la responsabilidad, el compromiso y los gestos desinteresados del espíritu”.

Walter Bonatti. Montañas de una vida

Bonatti: pocas palabras significan tan claramente alpinismo. Everest puede suponer himalayismo, pero también una cota estratosférica o un accidente geográfico, lo mismo ocurre con el Mont Blanc. Bonatti, el nombre de una persona, es el sinónimo más afinado de ese modo de exploración humanística contemporánea que conocemos como alpinismo.

Bonatti acaba de fallecer en una clínica de Roma; fue el 13 de septiembre de 2011. Había nacido en Bérgamo el 22 de junio de 1930.

La vida y personalidad de Walter Bonatti son absolutamente fascinantes. Quizás sea la conjunción de varios factores: el momento vivido, su personalidad y planteamientos éticos, su procedencia y sus originales

decisiones, lo que conforma una biografía que sin duda quedará como un hito histórico de la relación entre el ser humano y las montañas.

Walter Bonatti era aún adolescente cuando la hecatombe bélica se abatió sobre Europa dejando un mundo de desolación. Todos los horrores del mundo habían desfilado ante sus ojos; pero él reaccionó de modo distinto a la mayoría y lo iba a demostrar en aquellas montañas de perfil violáceo que se alzaban como lejano telón sobre la llanura paduana en la que vivía.

Primero la mirada del joven inquieto y soñador que era Walter, se fijó en un monte calcáreo que sobrepasa por poco los 2.000 m: el monte Alben y pensó que si allí anidaban las grandes rapaces también lo harían la soledad y el misterio que dan pie a la aventura y con ella sentido a la vida. Desde entonces una poderosa atracción le fue llevando a las montañas y pronto, como él mismo dijo, no pudo sustraerse a la fascinación de las agujas y las crestas de esa hermosa cima que es la Grigna, escarpada montaña cercana a Lecco. Todo alpinista tiene una montaña iniciática; la Grigna fue la de Bonatti. El siguiente paso, audaz y profético, fue la escalada a una torre de la Grigna de nombre Nibbio. Era su primera escalada y su primera ruta en cabeza de cuerda. Desde entonces, corría el año 48, hasta el 65, su relación con las montañas y sus más severas paredes sería fecunda y ejemplar hasta el punto de constituir parte de la historia medular del alpinismo.

No desearía detenerme en exceso en un historial de escaladas sobresalientes que quien más, quien menos, conoce. Sin embargo no puedo dejar de comentar unos hechos que fueron decisivos en su vida.

Tras una irrupción arrolladora en el mundo de la escalada con repeticiones como las nortes del Badile y las Jorasses, se enfrenta a su primera gran obra, la cara E. de Le Grand Capucin. El resultado fue una de las

grandes rutas de escalada en roca de los Alpes occidentales. Una ruta difícil, aérea y exigente conseguida con compromiso y creatividad. Sin embargo, ya fuese por su precocidad, su descaro al trasladar la escalada artificial de las murallas calcáreas orientales al sagrado Mont Blanc, o por no ser oriundo de los valles

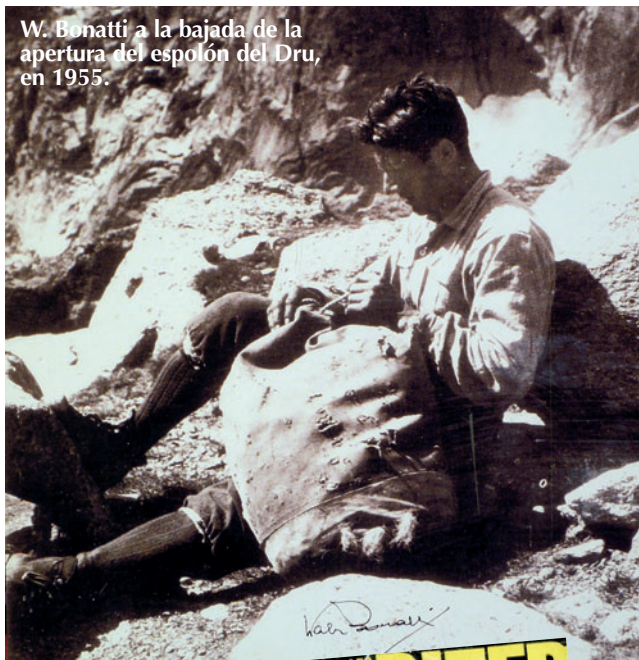
alpinos, pronto se ve sometido a feroces críticas del mundo del alpinismo oficial y profesional. Y también pronto comprueba algo más grave: la primera repetición a su ruta de Le Capucin, meses después de la apertura, es sumamente desconcertante, pues sospecha que el relato no es verídico. Los guías Lino Lacedelli y Luigi Ghedina afirman haberlo escalado en una jornada (a Bonatti le costó 3) y descendido por la misma ruta. Bonatti calla y es de suponer que sufre encorajinado ante lo que piensa pero no puede demostrar. Años después,

en los 70, en el libro *"Vingt ans de cordée"*, de los franceses Paragot y Berardini, con motivo de esta escalada y comparando horarios y relatos, afirman refiriéndose a los primeros repetidores: *"Me dije: estos son unos vendedores de humo que nunca alcanzaron la cumbre. Comenzaron el Capucin pero nunca lo terminaron"*.

Quizás Bonatti ya era así o quizás estos hechos consolidaron aún más algunas de sus profundas convicciones éticas. La honestidad, el sentido crítico, la independencia, el juego limpio y el compromiso auténtico han sido siempre consustanciales a su alpinismo

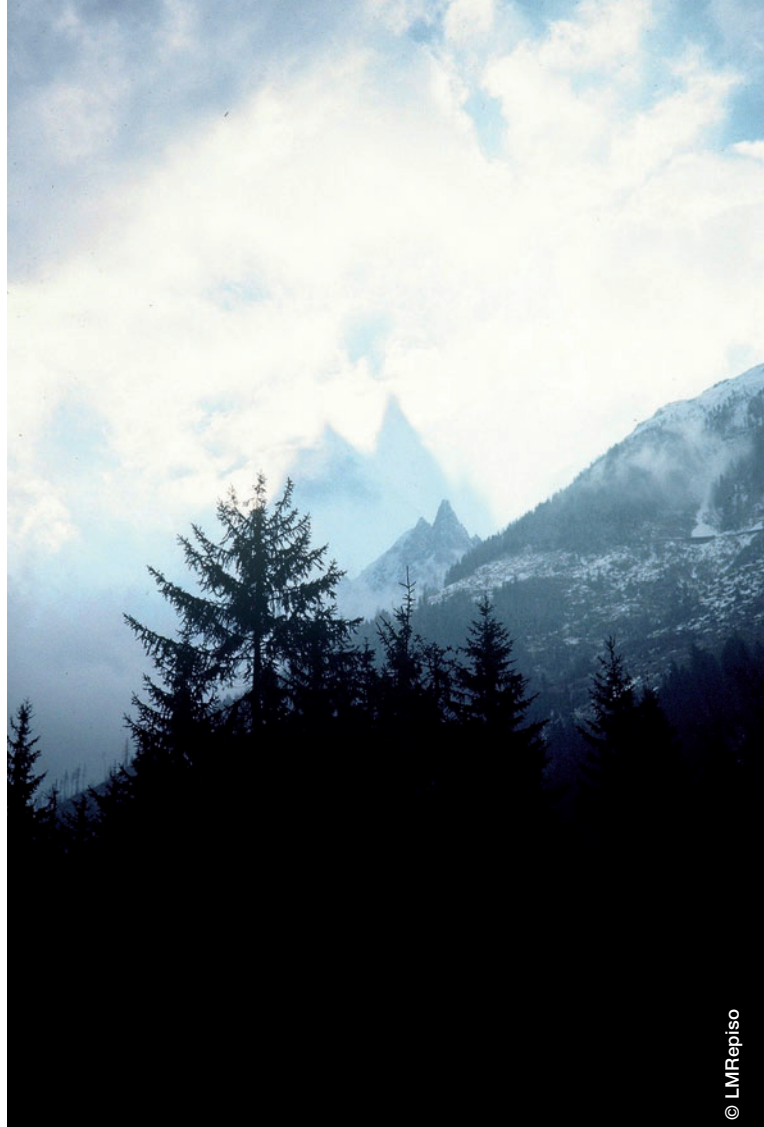
y en ese mismo sentido siempre denostó el exceso en el uso de ayudas técnicas como por ejemplo el caso de los spits o seguros perforantes.

Los sucesos previos al ataque y conquista del K2 en el año 54 serán un episodio clave para el resto de su vida y corroboran lo antes dicho. Muy a grandes rasgos,



pues remito al lector a relatos más detallados, lo que ocurrió fue que los 23 años de Bonatti eran, a pesar de su fuerza, empuje y entrega, muy pocos para que le consideraran candidato a la cima. Hasta ahí se podría entender. Incluso en mi opinión se puede llegar a pensar que aquel anochecer terrible y el vivac imposible sobre los 8.000 m hubo más incomunicación y malentendidos por parte de la cordada del campamento que verdadera alevosía. Pero lo que Bonatti nunca perdonó fue que, una vez abajo, con la gran montaña conquistada, su abnegada labor, hasta el punto de arriesgar la vida llevando el oxígeno necesario para el ataque a cima, fuera menospreciada y silenciada. Ante esto, Bonatti, quien no concebía la injusticia, puso el mismo empeño que en sus escaladas en demostrar la verdad de lo ocurrido. Hubo de esperar hasta bien entrado el siglo XXI para que el Club Alpino Italiano reconociera la falsedad del informe oficial de aquella expedición y devolviera el honor que en justicia le correspondía. Esa también fue una larga escalada de Bonatti, sin duda la más triste y sufrida, pero tan ejemplar como las restantes.

A consecuencia de la profunda decepción sentida con algunos compañeros y con la sociedad alpina tras la expedición del K2 abre en solitario, en una de las páginas más intensas de la historia de la escalada, el



Vista de los Drus, reflejados en las nubes, desde Chamonix.

Pilar SO. del Petit Dru. Fue su ruta y su vivencia más catártica, la que le hizo reencontrar la confianza interna y plantearse nuevas metas y quizás uno de los mejores ejemplos de hasta qué punto el alpinismo, la lucha con las rocas, la altitud y el hielo, parte de un impulso originado en las emociones más íntimas.

Luego vendrían sus bellísimas y arriesgadas vías en la vertiente italiana del Mont Blanc, el rincón más elevado y salvaje de Europa, donde abrió rutas en el Pilar d'Angle y en el Pillier Rouge du Brouillard. Más tarde logra la primera ascensión al Gasherbrum IV en el seno de la expedición de Cassin del 58. La escalada a esta difícil cima del Karakorum, que roza los 8.000 m, realizada junto a Carlo Mauri es una actividad que pienso se adelanta 30 años a lo que se va a hacer en el himalayismo. Ese mismo año 58 intenta el Cerro Torre y realiza varias importantes escaladas en la Patagonia. En julio de 1961 se ve envuelto en una trágica retirada tras el intento de apertura del Pilar Central de Freney en el Mont Blanc, en la que mueren cuatro de sus compañeros. Este suceso merece gran atención de los medios informativos y da pie de nuevo a algunas críticas. Ese mismo año realiza una campaña en los Andes peruanos donde escala entre otros el Rondoy Norte.

En el 63 hace la primera invernal a la Walker de las Jorasses; en el 64 abre una vía por el norte del

espolón Whymper de la misma cima, logrando así tener una ruta en cada una de las vertientes más agrestes y salvajes del Mont Blanc: Freney, Brouillard, Dru, Angle y Jorasses. En el 65, llega la traca final, apertura invernal y solitaria en la cara norte del Cervino.

Al bajar del Cervino anuncia que deja el alpinismo extremo. A los 35 años el mejor alpinista del mundo, quizás en una nueva vuelta de tuerca introspectiva, decide dejar las grandes escaladas.

Durante las tres siguientes décadas trabaja como viajero, explorador y fotógrafo mostrando al mundo los lugares más recónditos y sugerentes de la Tierra en revistas ilustradas. Sin embargo su enorme categoría alpina le permite puntualmente algún reencuentro con las montañas de envidiable calidad y de este modo repite en el 76 su vía del Capucin, o en el 84 se adentra solo, casi a escondidas, en un acto casi religioso en el corazón de su "padre" Mont Blanc. Entra por el collado

sentía en mi todas las contradicciones que hay en el hombre, pero en mi monólogo había llegado a algunos puntos firmes. Estaba seguro, por ejemplo, de que no existe nada en la Tierra que no sea de todos, por lo tanto también mío. Sabía que comprender la belleza significa poseerla. Podía jurar que siempre hay puertas que abrir dentro de nosotros. Reconocía que las dificultades no ponen a prueba la fuerza del hombre sino su debilidad. Otras preguntas difíciles que me había formulado seguían sin respuesta, pero en definitiva, me había dicho a mí mismo que la vida tiene sentido vivirla con el máximo compromiso, buscando la realización de todo lo que se lleva dentro.../...Para mí estaba muy claro que mi extravagancia era preferible a aquella "cordura" de muchos de allá abajo, en donde con frecuencia la vida –encadenada por la rutina y regulada por todas las presiones que llegan a transformar incluso el arte y la fe en una mercancía- no es más que desesperación, un



Pedro Nicolás, Walter Bonatti y la traductora Diana Soliverdi.

de la Innominata al glaciar de Freney para vivaquear en el collado de Peutery y acceder a la cima de Europa a la salida del Sol. El relato de esta experiencia, y otras muchas, está recogido en su precioso libro *"Montañas de una vida"*, una de las obras más bellas y emotivas de la literatura alpina.

Aquel vivac de septiembre del 84 en la almohada glaciar del collado de Peutery dio origen a estas líneas: *"Pasaban las horas. Me encontraba inmerso en el laberinto de mis reflexiones que me llevaban inevitablemente, a la búsqueda de mi verdad. Por eso*

desierto de apatía y de egoísmo". Hace unos pocos años tuve la suerte de conocer a Walter Bonatti durante su visita a Madrid para recoger el premio que le concedió la Sociedad Geográfica Española. La persona superó al personaje. Compartí con él algunos ratos e incluso moderé una de sus conferencias. Sólo puedo decir, sin idealización, que percibí en él, al margen de su cordialidad, una fuerza vital, una actitud estética, una coherencia y sobre todo una nobleza moral, que creo están en la raíz de sus memorables logros alpinos. Ese ha de ser el legado que Bonatti nos deje para siempre.